

Virgilio J. Mendoza

CURIQUINGA

NOVELA NACIONAL



*Paisaje y símbolo de la
Morlaquía*

(Chola cuencana)

Tejedora del Toquilla

Quito - Ecuador

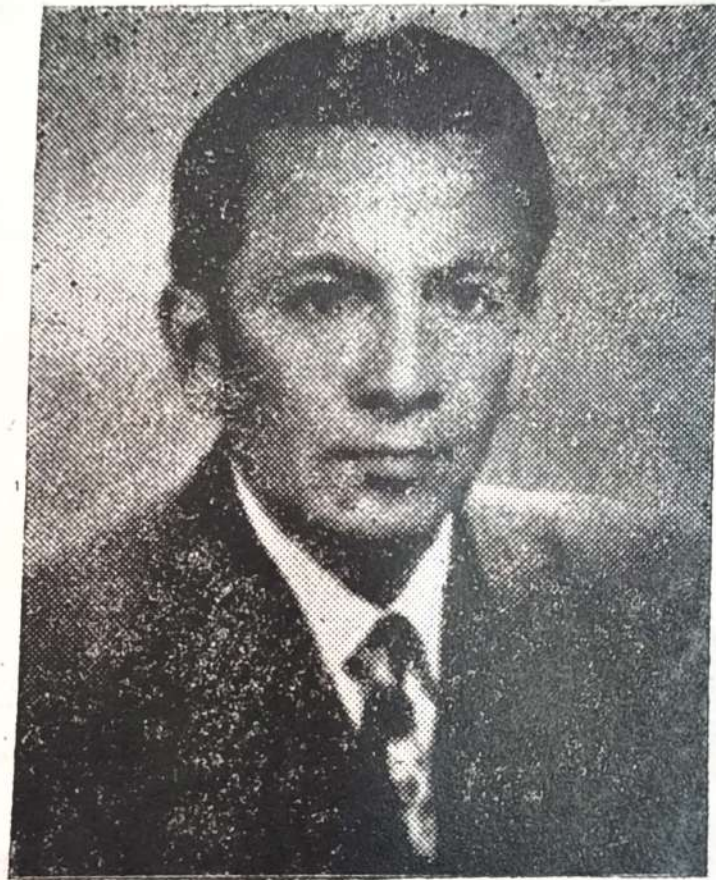
1.956

FOLKLORE AZUAYO

3.2

800

INVENTARIO No. 7173



VIRGILIO J. MENDOZA

398.2
Me.

\$ 3.00

CASA DE LA CULTURA BIBLIOTECA ECUATORIANA	
Proveeder	0,80
Compra	S/.
Canje	S/.
Donación	S/ 3,00
Inventario	No 03921
Fecha	30 - I - 57

Enero 30 / 57

Biblioteca del Núcleo del Azuay
de la Casa de la
Cultura Ecuatoriana

7173

Col.

VIRGILIO J. MENDOZA

CURIQUINGA

PRIMER PREMIO EN EL CONCURSO DE NOVELAS CORTAS, PROMOVIDO POR EL COLEGIO NACIONAL "JUAN PIO MONTUFA", CON OCASION DE SUS FIESTAS PATRONALES.— 1953.

Novela corta de sabor morlaco que tiene como escenario el colonial y populoso barrio de la Cruz del Vado de Cuenca.

Desarrolla un motivo característico y popular de la tradición Azuaya.

Protagonista principal y única: La Chola Cuencana con sus vestidos típicos y sus costumbres regionales.

Todos los motivos que se describen en el desarrollo de la novela, son realidades del natio Azuayo.

OBRAS DEL AUTOR:

Excursionismo Escolar.— 1937.

Monografía Descriptiva de la Provincia de El Oro.— 1946.

La Ciudad Salesiana — 1950.

INEDITAS

Trayectoria del periodismo cuencano.

Soldado y Apóstol Orientalista

Portovelo, sus minas y cadáveres.

Zarumilla (Novela).

F. V.

QUITO—ECUADOR

1.956

A MANERA DE PROLOGO

**Paisaje y símbolo de la Morlaquía: La tejedora del
Toquilla (Chola Cuenecana)**

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Se necesita vivir en el claustro de la ciudad. Meditar sobre su alma y asomarse a la ventana de su primavera, para comprender el valor de su latido vital de laboriosidad, que circula con vértigo a través de las arterias casi milagrosas de las innatas habilidades artísticas.

Los hijos de Cuenca nacieron artistas, porque pronto, en las auroras de la edad, supieron apropiarse del secreto de las transmucciones, a través de una onda emotiva, con la cual, sintieron en lo íntimo el lenguaje del paisaje, con su tic-tac— de paz, de poema y de genialidad en el trabajo.

En esta vez no queremos simplemente hacer el elogio al espíritu de trabajo que anima a la bella ciudad de la paz. Queremos, también, presentar su bello cuadro, con el contenido paisajista, con la voz nítida de su alma soñadora, con sus cielos violetas y sus colinas azules. En el centro de esta acuarela, rodeada por cuatro ríos, que murmuran madrigales, en intensidad de color y música, hace como "alma del alma" del gran paisaje serraniego, la presencia de una hermosa mujer tejedora.

Sólo en esta mujer se ha simbolizado el poder espiritual de la cuencanía. En ELLA se ha advertido siempre la bonanza con una conciencia que tiene la quietud de un lago en al-

tura. En ELLA existe toda la paz y la dulcedumbre de la tierra. Esta mujer, de semblante clorótico, que año tras año, pasa hundiendo sus pestañas en el vientre de las noches, camina hasta el sacrificio con una alma vertical, propiamente con esa ALMA DE CUENCA, con la que, a veces, llega hasta el cielo, al claustro; y otras, a la ciencia y a la entraña codiciable del saber.

Si miramos el panorama de la ciudad, en ella no hay las estridencias que fastidian e incomodan. No hay el chirrido de las grandes máquinas que crispan los nervios. Apenas existe al sur de la ciudad, la arquitectura mental de una estación vecina con la esperanza de un pito de locomotora. Apenas existe la danza de los dedos ágiles que tamborean quedamente sobre las cosas, sobre las niveas hebras del toquilla, en la madera, los metales y la arcilla, en su afán de surtir la economía doméstica y la melodía agradable de un intenso vivir. Por esto es que Cuenca vive siempre en paz, recogida íntimamente a su conciencia y dialogando con su propia alma.

En el hogar más humilde se anota la presencia de un libro, dispuesto a brindar el placer de los espíritus que viven en paz. En cada dormitorio, se alza en penumbra la majestad de un minúsculo templo para elevar plegarias a Dios; y, en todas las auroras, en las manos piadosas se escurren las cuentas del rosario y en los labios se escucha la música de la oración, que es música de las mismas almas consagradas a las eucarísticas fibras del toquilla.

Anhelos humano y nada más, es el que se re-

V I I I

sonriendo frente a los cromos que pñntan sus fiestas típicas. Es una vida regional aneste- siada por el dolor, que, en esta vez, sigue rendida a la panacea de un Instituto de Recu- peración Económica, y, acariciando el sueño de una gran obra lejana de electrificación, la única que realmente resolverá las dificul- tades económicas de la región.

La chola quencana, tejedora del toqui- lla, protagonista típica y popular de la corta novela regional azuaya que brindamos al país, es el PAISAJE Y SIMBOLO DE LA MORLAQUIA.

ERRORES DE IMPRENTA

<u>Está escrito:</u>	<u>En vez de:</u>	<u>Páginas:</u>	<u>Líneas:</u>
lledas	llenas	V	20
permaneciéreu	permanecieron	V	23
de	del	V	27
aporde	aporte	VI	12
privilegiada	priviligada	VI	19

fleja en cada tejedora. Una medida que tiene el ritmo de su valor, y que no ansía la aceleración, el vértigo ni la asfixia. Lo suficiente para vivir, es tan sólo lo que aspira el pueblo tejedor, pero en un mundo de paz, en un murmullo cotidiano de oraciones y anhelando una vida quieta como la de su sombrío lago.

Las industrias del Azuay, y en especial de Cuenca, no fueron plantas exóticas transportadas a su medio. Siempre fueron sangre de la estirpe azuaya, calorías de alma nativa y sonrisas de su mismo cielo siempre azul.

Desde la época de la antigua Tumipamba, cuando ya el nombre de la ciudad comenzó a viajar en alas de la fantasía de conquistadores y cronistas, la tejedora se asomó al umbral de la vida del histórico vergel de Huayna Cápac, en donde ahora se asienta airosa la bella y moderna ciudad. Esta industria que nació en el pueblo y para alimentar al pueblo, ha sido siempre la única tabla de salvación para el porvenir biológico de las comarcas azuayas. Con esta industria se extendió la mano del pastor para el señalamiento de los mejores caminos de conducción social; por esto es que Cuenca no ha descendido al crimen ni a la vida desordenada.

Las habilidades congénitas han hecho primores de todas las cosas y de lo que brinda la tierra. Las fibras del toquilla, con sus transformaciones, han despertado mucha admiración en los mercados extranjeros. Al recorrer las calles de la ciudad, se puede apreciar la exhibición de sombreros finísimos, en

donde se ha albergado una paciencia benedictina. Se ha elaborado carteras, zapatos, cinturones y se ha dado un aire aristocrático a los muebles de los salones, con revestimientos de tejidos de paja toquilla, en colores combinados.

Cada año, Cuenca, en su fecha aniversaria y al recordar el grito de la independencia de la azuayanidad, que se cultivó en el momento mismo de inscribirse la partida natalicia de la ciudad de Ramírez Dávalos, allá por los años de 1557, brinda pleitesía, también, a la figura heroica de la mujer tejedora, de aquel simbolismo de la industria criolla, que desde los crepúsculos elevó su sombrero blanco, como una hostia de propiciación, para calmar, aunque sea momentáneamente, el dolor proletario y pintar de color la gama gris y sombría de rostros prematuramente envejecidos, en el altar del sacrificio cotidiano.

En el barrio del Chorro, donde la figura del "cañamazo" es todavía temida, no ha cesado la canción monótona de los mazos que golpean a porfía la piel blanca de las fibras. Durante las noches, sean éstas de verano o invierno, los golpes rudos de la madera caen sobre los tímpanos y agujerean los nervios con su desacompasado macetear. Pero de este salmodiar de golpes, casi funestos que retumban por las noches, salen las finísimas manufacturas de paja toquilla, en viaje a París, Londres, New York, hasta Moscú y tierras lejanas de otros continentes.

Más al centro de la ciudad, cunde la obrera

casera del toquilla, como cunde en los alrededores, carreteras y caminos que huyen como culebras hacia los campos vecinales. En la chola que permanece en el umbral de las puertas, y en todas partes, se transporta la industria medular del Azuay, paseándose como ayer cuando las calles permanecían cubiertas de yerbas y rayadas con acequias longitudinales, y cuando los parques pasaban como meras praderas para el pastoreo de los animales vagabundos.

Por lo menos, si no reporta económicamente la industria del toquilla, Cuenca la añora con mucho cariño, porque ella vino con el andar de la ciudad, con su plasticidad espiritual y con el talento de las innovaciones de moda, pero sin que se haya sacrificado su personalidad típica e inconfundible. Atravesó la ciudad colonial, que tenía puertas forradas, lledas de alegorías y ventanas enrejadas de hierro. Pasó las noches sin luz y vivió en los barrios de hoy, en aquellos barrios que ayer permanecieron cargados de cuentos macabros, poblados de viudas con farol y curas sin cabeza. Allí, en el Padrón, la calle de las Monjas, de la Secreta, de la Cruz del Vado, bailaron las pajas de toquilla, escuchando el mugido de los toros y el lamento de los gogones.

Por debajo de la Ciudad colonial, oscura, de casas funestas y templos ruinosos, el sombrero del toquilla dio un salto a la modernidad. Y entonces lo tenemos ahora, en medio de la modernidad confortable, en el sero de ese constante afán de embellecimiento, junto a la

multiplicación de los parques, avenidas, pistas, estadios, feria de muestras, con torrentes de luz eléctrica; agua potable, construcciones de belleza arquitectónica, fatigas de máquinas y pitadas estridentes de locomotoras que se proyectan en la vecina estación. Y hasta este tiempo el sombrero de paja toquilla ha seguido viviendo en el solar morlaco, bajo las caricias de los tejedores y vertebrando la poesía cuencana. Ha seguido recorriendo el camino de las aspiraciones proletarias, con el aporte de todas las energías, de la máxima voluntad y de la inteligencia de un pueblo.

El sombrero de paja toquilla, no se lo ha mantenido solamente como una aspiración económica regional, sino, además, como el espíritu de la cuencanía, con sus justos afanes de evolución. Ha sido, hasta cierto punto, una de las virtudes de esta tierra privilegiada, la misma que se la ha mantenido con devoción. Ha sido la proyección nítida de su psicología popular, en función de dos manifestaciones: Trabajo y Arte; en armonía de dos características: devoción y paz.

Transcurrieron los años casi sin sentirlos en la vida de la industria toquillera, trayendo cada uno de ellos, una decadencia a la manufactura del sombrero. Nadie se daba cuenta que la situación de esta industria provincial se volvería álgida y desesperante al andar de los tiempos. La indiferencia rayana que siempre se puso al frente de las eventualidades, fue una roca. La despreocupación, por otra parte, marcó la tragedia de la masa tejedora.

No faltó nunca la advertencia oportuna,

ni el análisis sereno del descenso que iba tomando la industria. Hasta cuando el trabajo fue bien remunerado nadie dio oídos a las insinuaciones. Nadie presentía lo que el futuro preparaba para el toquilla; ni siquiera se tomaron en cuenta las sugerencias. El rato menos pensado, el derrumbe del sombrero fue inevitable, y fue entonces que, los tejedores y todo el pueblo se despertó a la realidad amarga, con golpes de hambre en las puertas, con lágrimas en los hogares y desnutrición en la infancia. La competencia abrumadora del sombrero italiano, japonés, filipino, arrolló a la industria toquillera morlaca, reduciéndola a un consumo localista que jamás podía ser método de vida. Desde entonces, la feria del sombrero se presentó fugitiva y desconsoladora para el Azuay. Las pocas docenas que salían a la venta y los pocos compradores, indicaban a las claras que la industria estaba en liquidación, dejando miles de hogares en la miseria, y otros tantos de miles de brazos cruzados, que están en alto batiendo su desesperación y toda la impotencia de una verdadera tragedia social en las provincias del Azuay y Cañar.

Sin embargo de este colapso, la masa tejedora que forma la mayoría de las dos provincias, ha seguido creyendo que el sombrero es el único medio de sustento en los hogares. Ha continuado hilvanando con sus hebras el mendrugo de pan para engañar el hambre, aunque aquello golpee más fuertemente sus pulmones raídos por la tuberculosis y empuje más a la muerte. Es la tradición que la saborea con amargura el pueblo azuayo. Es su mismo espíritu, que sigue erguido al borde de la miseria y

Virgilio J. Mendoza

CURIQUINGA

NOVELA NACIONAL



FOLKLORE AZUAYO

*Paisaje y símbolo de la
Morlaquía*

(Chola enecana)

Tejedora del Toquilla

Quito - Ecuador

1.956

Esa noche tenía que concurrir a la fiesta de la Cruz del Vado.

—Mamita, vay, ques pes, me da tristeza ir a la fiesta del Vado.

—Andate nomás hijita a disipar las penas.

—Dejá mojado el sombrero pa cuando vuelvas esté la paja en estadito; suavita pa los engires.

Dialogaron madre e hija, mientras ésta se peinaba con agua de goma y se prendía un geranio en una de las trenzas.

—Dizque lo han visto en Tarqui al malvado.

—Dios es grande. EL tiene que ver por sus criaturas.

—Verás al abogado para que auge la justicia.

—Pero, mamita, ese abogado no hay pes como ni hablar. Anda nomás con procesión de runas.

—Portaraste bien en la fiesta. La mujer debe ser buscadita. Rogadita. Chapadita por personas de fieio y buena preciencia. Mi marido que aura es tu taita, mamítico, años anduvo a la pata. Se dió a la borraehera porque yo lo despreceaba. Tan porfiado, como el burro al trigo, se valió hasta de taita curita. Pero aura me arrepiento miso como el diablo el haber dado mano. Como tan sería pe, me engañó miso, fiero brujo.

* * *

Sobre un lindo bolsicón de merino bordado, con olores acres de naftalina, María armó su talle de palmera con una reluciente pelea de seda escarlata, sobre la que ondulaban perezosamente dos trenzas largas de azabache. Cubriéndose con una macana de largo fleco planchado, que caía hasta los bordes del zapato de charol taco alto, y sobre éste el reboso de castilla azul claro, se encaminó hacia la popular fiesta del Vado, luego de poner un choro de agua Colonia a su pañuelo de seda bordado con iniciales de hilo de Escocia.

Pronto María entró en el laberinto de la bulla y de las risas. La fiesta se había iniciado ya en el barrio con sus sanjuanitos, vuelo de campanas y de cohetes. La pirotecnia infantilizaba en todos los fiesteros una gracia deliciosa e inimitable. La milagrosa insignia que se alzaba al borde de una de las calles, sobre la barranquera de cemento y piedra, frente al río Tomebamba, estaba adornada con cortinajes de terciopelo azul y rojo, con maceteros de azucenas, ilusiones y cornetas, y con una profusión de bujías que danzaban titilando sobre el simbolismo del Calvario, dando el aspecto de un nacimiento navideño.

—Los priostes se han portado como nunca.

—Por eso es que taita diosito ayuda.

Dialogaban las gentes del barrio.

María se acercó piadosamente al adoratorio y poniéndose de hinojos besó el mantel sagrado. Prendió una cera labrada y bañándola con las perlas de sus ojos, murmuró quedamente una plegaria devota que se perdió entre nubes de incienso y de alucema. Luego, poniéndose de piés, clavó sus ojos sobre la santificada piedra, extraída de las canteras de Baleay y tallada por manos de conquistadores e indígenas para la eterna adoración de los creyentes morlacos.

—Sálvalo erucecita de Mayo.

—Castígalo al malvado. Musitó casi entre dientes, luego de un profundo suspiro.

Los globos luminosos fingían en el firmamento luceros en viaje con velocidades de competencia. Las piruetas de los voladores, las ejecuciones musicales con la porfía de sus platillos, bombos y maracas, como la alegría general que reventaba en llamas, se hacía constelación frente a la Cruz de Mayo y tejía un paisaje de pueblo inmensamente bueno, cordial y católico.

—Qué guapa la hembra de San Joaquín— Apuntó un ojo y atreviéndose a decirle al oído.

—Pero, la bandida parece estar enferma. Vean esos ojos, esa carita, ese cu...erpo, dijo a los compañeros. Quien sería el feliz que alcanzó esa tuna?

* * *

Del sur venía un vientecillo arconado de retamas y amancayes, viajando en alas de los rumores del Tomebamba; en tanto que, hacia el norte, donde se prolongaba la fiesta, había una delicia de olorcillos de empanadas y pan fresco; un mensaje de dulces y frituras, de cuyes asados, ají de papas, golosinas y espumantes bebidas agradables.

La chola, luciendo su toga de fiesta y ostentando grandes argollas de oro en las orejas, y vistosos anillos de pedrerías, caminó abriéndose paso por entre la animación de ágape cordial y hogareño, que se había vuelto el populoso barrio de la Cruz del Vado.

Tuvo que cortar su marcha frente a un grupo que hacía cancha a los danzantes. Allí se encontraba el prioste con pose de mayordomo.

—Una chichita pa que bailen mejor.

—Primero una agüita bien caliente, Don Lucho, porque nesitamos poner fuego al corazón.

* * *

María miraba con persistencia al grupo de danzantes. Sus retozos, genuflexiones, las polainas de cascabeles y las cintas policolares, pasaban como un film cinematográfico ante sus ojos.

—Parece que es él, ánima bendita.

—Así bailaba. Gordo, fuerte y trabajador era.

—Ya hubiera dado pa los “cuarenta” y tenido una cama con caldo de borrego, pan de las monjas, miel de aveja en paraguay pa que baje la leche. En habiendo harta leche, gordo, lindote miso hubiera criado longuito.

* * *

De allende los cerros de capulicedas y retamales, habían venido algunos indios para rendir su devoción a la Santa Cruz, con sus danzas incásicas. Con turbantes de espejillos, cintas rojas, estrellas de oropel y batones largos, como de "Santos Varones" en Semana Santa, bailaban incansablemente al son de una banda primitiva, compuesta de dos violines, un tambor, un bombo y una filarmónica de pingulles. Las curiquingas, con sus largos picos armados de puntas aguzadas, a la vez que hacían una verdadera cosecha de frituras y empanadas por entre la atolondrada muchedumbre boquiabierta, bailaban también zaqueando y desacompañadamente, con una música también monótona que se hundía en el vientre de la noche con los fuertes golpes de su bombo.

—Elé, lindo miso es el zhumir con musiquita y baile, taita Lucho, dijo tambaleando una de las curiquingas.

—Aura ya les voy a dar chicha y cuchicara con mote.

—Nuestro mote miso vale. Pa guaguas y viejos es padre y madre. Por eso los morlacos somos machos y "rebuscos".— Puñete de morlaco es patada de mula herrada onde quiera.

* * *

El palo "ensebado" estaba listo para el día siguiente; bien pulido, lisito y enjabonado. Arriba estaba una rueda con pañuelos, medias, chompas, camisas, agua colonia y confites. De una esquina a otra de la calle habían también dos filas de "ollas encantadas".

—A mi me gusta el palo ensebado.

—Onde estará el mishe?

—Croque está aquí. Mos de ver guambras. Pero hay que saludarla.— Decía el prioste a los preguntones noveleros.



Habían venido algunos indios para rendir su devoción a la Santa Cruz del Vado, con sus danzas incásicas...

José se había disfrazado de Curiquinga como tributo de su devoción..

Los disfrazados bailaban incansablemente al són de una banda primitiva, compuesta de dos violines, un tambor, un bombo y una filarmónica de pinguillos ..



Se perdía en las pampas, en la paz de los oteros y en los silenciosos peñascales, modulando yaravies, alternando con el clamor de su azuayo rondador... Así regresaba José a su Tarqui, después de las ferias...

En las ruletas, rifas y confiterías el cholero se apretujaba con novelera curiosidad, enredándose en la bulla, en las ilusiones y en amores enfiestados. No faltaba también, la presencia de gente bien que se paseaba luciendo pieles y sombreros de plumas. Con las notas de la música alegre y las diversiones de los danzantes: «vaca loca», curiquingas, osos, diablos, fluían las risas y se confundían con la risa del río próximo. Con el río viajaba ese colmenar en fiesta para perderse en las lejanías llevándose las estrofas míticas y plegariantes de Matovelle y Moreno.

—Igualito a mi curiquinga. Aura un año bailábamce con él, ánima bendita. Dios velará por él.

—Pero, Crucecita, por qué me lo arrancaste....?

Con la mirada fija en los danzantes María iba sintiendo hondas palpitaciones y sus senos aleteaban como dos palomas que buscaban el lugar de escape. Con la mano en el pecho llevó los ojos al suelo y sintió un dolor de vindez hondo que se hizo lágrima y quejido en la composición musical de los violines. Y pensando por mucho tiempo en la orilla de sus lágrimas, atada al dolor y encaadenada al pesar que le consumía, reconstruyó la tragedia de su novio José.

CABALMENTE, hacía un año que se encontraban los dos en la fiesta de la Cruz del Vado.

El se había disfrazado de curiquinga como tributo de su devoción. Cogidas las manos fuertemente y latiendo los corazones, frente al simbolismo del Cólgota, jura-

ron casarse para las cosechas.

—Mos casaremos, si Dios quiere.

—Mos casaremos, aunque el río mos ponga agua en el pescuezo.

* * *

Ancha, gordita, de senos rectos y ágiles, con una ánfora de curvas y armonía de estatua viva, María puso sus ojos de dulzura nazarena en la Cruz que estaba vestida de luz, de alegría, y en EL LA, minuto a minuto, iba eternizando su pasión que se despetalaba con la edad en flor.

Tipo criollo, autóctono, del folklore azuayo, de la arcilla morlaca, como la retama, como el río y el capulí, magnetizaba con sus miradas esquivas. En sus labios de cerezos se asomaban perlas, que con el matiz de su andar, de su vestir, de su hablar cantado y de su espiritualidad, dejaba abiertas las bocas de los tenorios.

Esa noche comieron roscas de yema, quesadillas de las monjas, suspiros, cuy, fritada, choclos, otras golosinas y hasta bebieron unas copitas de zhumir, de ese bueno, pura caña de Faute, las puntas del contrabando y sin bautizo alguno.

—Diosito bendito. Mamita Virgen, ayúdales a los pobres contrabandistas, pa que mos sigan dando este rico pauteno.

—A los hombres les gusta pes el juerte como la leche a las guagas.

—Te juro por mi madre santa que en la «cota» no hey encontrao una virgencita como «vo» María.

* * *

José había estado en la costa, a donde emigró en

temprana edad para conocer el mar. Fue peón de una hacienda y trabajó algunos años macheteando y cosechando el pan cotidiano costero (arroz). Se había aholdado bastante a las costumbres del montuvio altanero y a sus dichos. Repetía con frecuencia aquel estribillo que más le había impresionado: "con tal que haya «arrión» aunque no haya Dió». Pero como maldición había vuelto al cerro que lo vio nacer para morir a sus pies. Estaba con la piel palúdica, cernidas las piernas y los brazos con puntitos diminutos que le habían dejado la dulce e irritante picada de las trompetillas, jejenes, turulas, zancudos, manta blancas y puyones.

También, mostraba en uno de los brazos una huella cicatrizada de un machetazo que había recibido en su andanadas. Desde esa ocasión aprendió, al igual que el montuvio, a manejar el «colie» para su legítima defensa. Pues, del cinto pendía, en todo momento, su buen «garantizado», y en su horas de jumera hacía alarde de valentía desenvainando su «colie» y planeando con ruidos fuertes los pilares y piedras.

* * *

—Ñanita, te juro que serás mía hasta la tumba. No cambio mi retama, mi flor de capulí con ninguna de esas monas "papayas" que hay en el "Guaya".

—Upalli, la jumera te hace "desvarear".

* * *

Casaditos irían a vivir en Tarqui, en la heredad de José, junto a los sauces traviesos y ágiles que tienen melenas desgreñadas como de muchachas madrugadoras. Sí, allí vivirían. Al lado del río pastoril; ordenando en el corral bien demañanita; cultivando la tierra hogareña, que estaba cercada irregularmente con piedras rústicas, formando los muros.

José Morocho, de mediana estatura, tez curtida por el viento, ojos de moneda y nariz aguileña, era de Tarqui y había crecido junto al río, bajo la fronda de gómeros, capulíes y sauces llorones.

La colina penserosa, el cielo ensañante y manso, el río paído por el color de la arcilla y el campo en perenne oración de mansedumbre, había sido el vino añejo de sus años mozos que lo embriagó con la inefable dulzura hasta hacerlo un miembro inseparable de la tierra, en donde también se mecía la cuna de sus taitas.

Había vivido desde guambra arando la tierra y haciendo carbón de eucaliptos para vender en las ferias de Cuenca. Después de las “siembras” viajaba a la la costa para trabajar y hacer plata. Por cuatro años consecutivos anduvo en Milago, Yaguachi, Bucay y haciendas aledañas, remando duro y parejo. Por eso tenía casita, tierras y animalitos.

—En habiendo tierritas y mote, ya puedes casarte, le habían dicho los taitas.

—Vida mía, longuito, a Dios rogando y con el mazo dando.

—Teniendo algo se repriende miso a mujer y se la hace mujer de casa. Se crían runas con carnes pa trabajo.

* * *

José siempre recordaba el refrán morlaco que había heredado de sus viejos: “quien da mote da gariote”.

Desde que se había enamorado de María, linda chola de San Joaquín, la tristeza de sus pajorales huyó de su lado. Retenía, en cambio, en sus labios una sonrisa de felicidad. Cuando salía los jueves feriados a vender carbón, luego de beber unas copas, regresaba cantando y gritando a su Tarqui, en vez del acostumbrado gemir



Embozado en un amplio poncho y con el sombrero en los ojos, Mariano atizbaba tras el sauce llorón y através de la cinta blanca del carretero... Se hallaba listo para dar el salto...



Casaditos irían a vivir en Tarqui, en la heredad de José, junto a los sauces traviesos y ágiles... Al lado del río pastoril, ordeñando en el corral, cultivando la tierra hogareña



antes de que rayara el día. Atrás habían quedado los sauces significadores de lo triste y de lo fúnebre, inclinados hasta la tierra misma como frescas coronas depositadas sobre las lozas frías. El ganado daba resoplidos fuertes en el medio de la civilización, que se presentaba desde el alba con su rechinar de máquinas y olor a gasolina. La ciudad se encontraba arropada con un manto de sereno fino, ya con los primeros bullicios de la feria, rompiendo su habitual quietud eglógica y su silencio de claustro. Se abrían las pesadas puertas de las iglesias con su rechinar de goznes, y las beatas que antes del alba habían permanecido sentadas en el atrio, charlotteando sobre el último escándalo del barrio; que la vecina Juana le ha puesto cuernos al Pedro; que se fueron y no regresaron, que se oyen lloridos de gagones en la esquina del Carmen alto; que no se qué y ni se cómo; al fin se dirigían mostrando solamente la nariz a tomar puesto para dar comienzo al "rosario de la aurora".

Amanecía la bella ciudad de Ramírez Dávalos, con las místicas voces de campanas y con una alma que reza y canta a la "Morenica".

* * *

José dirigió rápidamente sus miradas a la Cruz del Vado; recordó con devoción el juramento con María y se hundió en divagaciones sobre su casamiento venidero, repasando mentalmente el tablero de ese barrio colonial atestado de panaderías.

El río Tomebamba que una noche de Abril llegó, bravamente, con la furia de sus aguas enloquecidas, para morder sádicamente el pedestal granítico de la Cruz; para robarse los puentes, las reliquias y desquiciar cimientos, se encontraba esa madrugada manso y cautivando en sus retinas la silueta de la piedra negra, del Calvario,

tierno de su raza indiana y de su cruel melancolía que lloraba en los pajonales yermos y solitarios. Y blandía como un cuchillo toda la voz de su garganta, asestando las carnes grises de las infinitas soledades. Para su María, la chola de la cuencanía cantaba así:

Apenas cantan los mirlos,
y aroma la manzanilla,
tú también, cuando empiezas
un sombrero de toquilla.

Se perdía en las pampas, en la paz de los oteros y en los silenciosos peñascales, modulando yaravíes, alternando con el clamor de su azuayo rondador, con el cual, arrancaba de los harapos de verduras geométricas, dolientes armonías, y, reteniendo, al mismo tiempo, en sus pupilas el calvario campestre.

* * *

—El próximo jueves voy a vender unos animalitos pa pagar a taita cura y casarnos.

—Es pes, hacer auro José. Vendrán las guagas y teniendo barriga no esperan. Quia de ser pes de mosotros.

—Pa algo es el sudor de mi frente, María. Diosito bendito mos ayudará.

* * *

Un miércoles, levantándose muy demadrugada, amarró cuatro mochos, una yunta y un caballo mozo color bayo, y se dirigió a la ciudad.

Después de dos horas de camino entraba ya arreando a su ganado por la ancha avenida del Tomebamba que conduce a la plaza de ganado. Llegaba

entre una perezosa fuga de peregrino incansable, que busca el Amazonas para entregarle el mensaje del Cajas y el aroma de las dilatadas praderas de eucaliptales, saucedales y amancayes.

Una procesión de gentes comenzaba a desfilar con pasos presurosos hacia los mercados; unos llevando leña, carbón, víveres; y otros, canastos repletos de frutas y flores. El ambiente quedaba agradable y aroñado de nardos y rosas. Por toda la ciudad, se regaba la incurable nostalgia del campo y su sombría tristeza de sentirse enclavado en la urbe: carbón, leña, paja del cerro, quesillos, manzanilla, torongil, frutas, animales. Este era el olor que se pegaba a los adoquines, a las paredes y vestidos.

En la plaza de ganado habían olas de gente que avanzaban con animales para venderlos.

—Ushe, Ushe. No tragarías pes anoche.

—Shó, shó, animal.

—Cuánto le cuesta compa. Está subido. Por las nubes.

—Por decir que se tiene un animalito en la casa.

—Den paso, den paso, que es bravo.

—No sea cosa que la mala pata mos meta el cacho.

—Lado, Lado....

* * *

Entre un laberinto de voces, gruñidos de cerdos, baladas de ovejas, relinchos de caballos y mugidos de bueyes, vendedores y compradores tropezaban.

José Morocho en esa feria estuvo de suerte, porque pronto vendió sus borregos, la yunta y el caballo bayo. Dos mil doscientos cuarenta sueros contó mojándose los dedos con saliva. Anudó los billetes en un pañuelo rojo a cuadros y los guardó en el bolsillo del pantalón.

—En Julio venidero me casaré con María, dijo con aire de triunfo.

Reuniendo los cabestros y echando la última mirada a sus animalitos, inició el regreso a la llacta.

* * *

La ciudad cargada de tanta gloria e ilustrada de tanta alcurnia, estaba en plena feria. Por sus calles rectas corría el arcoiris de los vestidos de la gente nativa. Campesinos sencillos y cholas rosadas como manzanas, mezclaban en el vaivén callejero, el rojo vivo con el gualda, el anaranjado con el lila, el blanco con el púrpura. Polleras, ponchos multicolores se antonaban en los mercados de nutrido abastimento, llamando a los ojos y al paladar los rubicundos capulíes chauchas, las naranjas de Yunguilla, los aguacates de Paute, manzanas de Biblián, el pan sabroso y renombrado de Gualaceo, ciruelas, ocas, mellocos, tunas, granadillas de mate, moras, cañas, etc, etc.

La policromía se duplicaba también, con el abigarramiento de los finísimos paños de Gualaceo y el toquilla que sombreaba las pestañas de las cholas gnaspas, en donde quedaba aprisionado todo el cromo y la acuarela del natío azuayo.

La ciudad no era sólo mar con olas de gentes bullangueras y multicolores. También era canción de guitarras placeras y de victrolas y radio que agujereaban los nervios con sus interpretaciones muy morlacas:

Por tus cholas buenas mozas,
Por tus chapas pitadores;
Por tus cuyes bien asados;
Por eso. Por eso te quiero Cuenca.

- Qué ganitas de beber, bailar y llorar, compadre.
- «Por eso te quiero Cuenca»
- Unito nomás pal camino. Quiá de ser pes este fiero frío.
- Estesito con agua bien caliente. Es el estribazo compa.
- Irá pes pensando en ese negocito que le dije aura días.
- Ya mos de hablar con despacio compa.

* * *

Mariano, indio astuto de Tarqui, prontuariado en la policía, había visto a José contar los billetes, y desde ese momento brilló en las tinieblas de su conciencia una idea funesta.

* * *

Sonaron los cascos del caballo y saltó una chispa. Un remolino de polvo que agitó sus brazos alzando pasallas, hojas de achira y papeles sucios envolvió al jinete.

- Hasta otro día compadre.
- Que vaya con Dios Compa.

José Morocho emprendía viaje de regreso a Tarqui.

* * *

La tarde llegaba pronto con su sol que ponía tibieza de regazo en las aguas del Tomebamba. Los golfos habían acudido a chaporrotear en el remanso escondido bajo el puente. José presuroso y enviando la última mirada a la Cruz del Vado, al pie de la cual, quedó la lápida de su juramento con María, continuó su marcha con dirección a su solar nativo.

Dejando San Roque y Yanuncay, siguió carretero adentro, por entre cercos repletos de lirios, altamias, mentas y pencos. En la amplia llanura rodeada de capulíes, rotamales y eucaliptos tuvo deseos de herir con sus canciones el ambiente de égloga simple. Mirando hacia atrás, contempló, por los claros de la arboleda, la Cruz del Vado, ya miniaturizada por la lejanía. Paró mentalmente por sus orillas y evocó el juramento que lo habían dejado con María, como un cirio consumiéndose al pie del altar de la Cruz.

—Mos casaremos pa las cosechas.

—Mos casaremos, aunque el agua del Tomebamba mos llegue al pescuezo.

Continuando su marcha, entonó con todo pecho su canción favorita, en tanto aceleraba la marcha de su «paramero», golpeándole fuertemente los hijares con los talones callosos.

Chola cuencana, mi chola,
capullito de amaneay,
en ti cantan y en ti ríen
las aguas del Yanuncay.

Tuvo deseos José de llorar a ratos, gemir como un niño, pero ahogó sus lágrimas y siguió por las praderas de sonoros maizales —el mote de cada día— pan nuestro morlaco; devorando el espacioso ámbito cuadrilátero, las vegas apacibles, fértiles y de perenne abril, cortadas por las oscuras linfas del Tarqui, que corría sombrero y encalmado por entre los encurvados capulíes nativos.

Mariano había seguido los pasos de José, y para ganar tiempo, en una de las vueltas del carretero, trazó una recta por un sendero. Corrió agitadamente por

entre pequeños túneles de achiras y moras y llegó a situarse en un recodo obscuro, junto a un viejo sauce llorón que lamía la tierra con la lengua de sus hojas.

—Por aquí tiene que pasar.

—Bueno, pes, vos miso taita Diosito no me has dado nada. Qué tamé debo hacer.

* * *

La noche había llegado con su silencio y su misterio de sombras. Los pequeños candiles que se asomaban en las casas del otro lado del río, se esparcían en una muriente claridad. Las hojas de los maizales crepitaban. Los grillos, cigarras, dialogaban; y los gorriones dormidos aleteaban, de vez en cuando, entre las ramas y chaparros. Pocos ruidos en la soledad: una hoja que caía, una ala que se extendía para cubrir sus polluelos, una ponzoña que se desperzaba en el sueño, un pico que espulgaba el plumaje suave y algún eco de ruidos distantes bajo la inmensa carpa de la sombras templadas por el ocaso. Así estaba la naturaleza; inmensa, fría, soledosa y negra como una viuda.

Embozado en un amplio poncho y con el sombrero en los ojos, Mariado atizbaba tras del sauce llorón y a través de la cinta blanca del carretero. Se hallaba como una serpiente, enroscado en anillos; listo para dar el asalto y conteniendo la respiración.

—Elé, allí viene. Aura o nunca.

Contó con su mente: dos mil doscientos cuarenta sucos y aprisionó codiciosamente el fajo de billete. Muchas ideas cruzaron por su cerebro como caballos desbocados. Tenía que huír esa misma noche. Pero con dinero se hacía fácil esquivar el bulto....

—Ya se acerca. A mí quimimporta.

Elé, allí viene. Aura o nunca.

—El que no se arriega no pasa el vado.

* * *

Temblando como un perro con frío. Mojada la cabeza por el sudor y con los puños crispados se incorpora. Flexiona y con un movimiento brusco, como un gato que se clava vertiginoso sobre su presa, hiriendo la noche con la chispa eléctrica de sus pupilas, despierta los músculos con iras, apreta los labios y hace rechinar los dientes para probar su fortaleza de acero..... Luego, brilló un puñal en la noche.... Un grito lastimero se sepultó a continuación con sangre en el misterio de las sombras..... Un viento helado agitó levemente la cabellera del sauce llorón. Gimió un perro a lo lejos; volaron algunas hojas secas por el suelo. Huyó por entre los chaquiñanes algún conejo que dormía en las pajas. La carretera siguió con su agonía de cinta blanca, quejumbrosa y eteridad de frío.

En el rincón solitario del sauce, en donde corrían hilillos silenciosos de una agua diáfana, quedó prendida una cruz, frente a unos achirales y morales que se retorcián en el suelo. En esta maleza rastrera un nido de gorrión como choza de indio vuelto hacia arriba, se deshacía por el tiempo y las lluvias, guardando en su nicho vacío un cadáver de recuerdos.

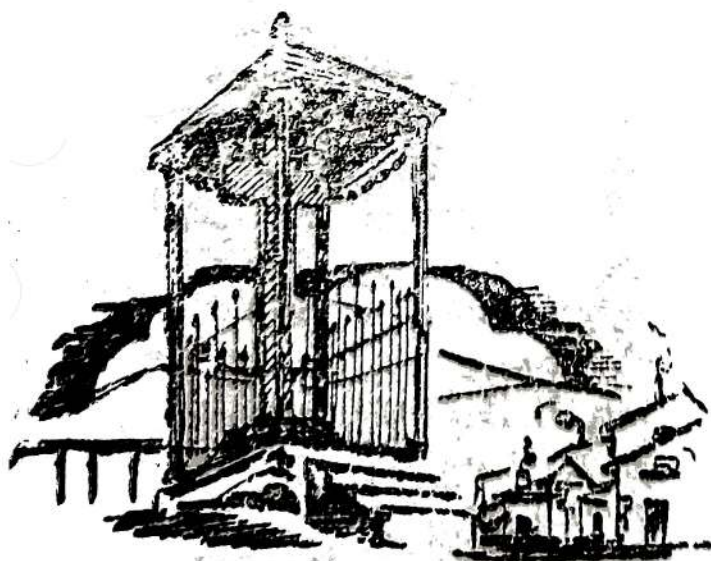
Y quedó la rústica cruz para siempre, velando el altar del sacrificio, como testimonio mudo del crimen, con el alarido de las ráfagas heridas, con sollozos de quejas y clamor de bocinas; con el bronce del olvido y las lágrimas de los geranios, que siguieron humedeciendo el espacio melancólico de la eterna soledad.

* * *

Cuando María llegó con su tropel de tristes re-



Cogidas las manos fuertemente y latiendo los corazones, frente al simbolismo del Gólgota, juraron casarse para las cosechas...



María desfalleció frente a la milagrosa insignia de la Cruz del Vado, al pie de la cual había quedado el mármol de su juramento con José.

cuerdos hasta el funesto sauce llorón, donde lo asesinaron a su José, sintió un temblor de lágrimas por sus pupilas y una interminable anaigüa de dolor que resacó su garganta. Mirando con desesperación a los danzantes y con el espíritu sangrante y herido, gritó a todo pulmón «mi curiquinga!», y luego se rindió desfalleciente al pie de la Cruz del Vado.....

Una herida se abrió luego en el corazón de la fiesta barrial. Se trizó la melodía musical repentinamente. Se hizo erial la fecundidad de la alegría popular, y desierto pajonal ese inmenso caudal de alma nativa que fluía en risas, en color, luz y pirotecnia..... María, después del ataque cardíaco, tenía aún sed de lágrimas y un anhelo de grito. Sintió en su convulsión la grandeza del Calvario, y, al mismo tiempo, la miseria de lo terrenal.

Los últimos sanjuanitos hacían pasar por su garganta, todo su río de dolor. El Tomebamba golpeó con mayor fuerza sus oídos. Se disparaba con grito el caudal de aguas a través del templado arco de su puente centenario... La tragedia oculta, torturante y que empañaba su cielo, acibaraba sus días y hacía su vida una lágrima inmensa que no cabía en su pecho, ni en sus ojos; por eso se desbordaba la angustia de María, se desbordaba como el Tomebamba hasta ahogar su corazón. Desfallecía con ataques de muerte y se sepultaba al pie de la milagrosa insignia de la Cruz del Vado: en misma Cruz y en mismo Calvario, siempre con el grito estentóreo: MI CURIQUINGA, al pie de la cual, había quedado el mármol de su juramento con José.

* * *

CABALMENTE, hacía un año que se habían encontrado los dos en la fiesta de la Cruz del Vado. El se

había disfrazado de «curiquinga», como tributo de su devoción a la santificada reliquia de piedra. Cogidas las manos fuertemente y latiendo los corazones, arrodillados frente al simbolismo del Gólgota, juraron casarse para las cosechas:

—Mos casaremos, si Dios quiere.

—Mos casaremos, aunque el Tomebamba mos ponga agua en el pescuezo.

ERRORES DE IMPRENTA

<u>Está escrito:</u>	<u>En vez de:</u>	<u>Páginas:</u>	<u>Línea:</u>
chero	chorro	12	32
saludarla	sudarla	4	31
su	sus	7	15
atestastado	atestado	10	27
radio	radios	12	25
Mariado	Mariano	15	21
asalto	salto	15	24
ateridad	aterida	16	15

XXXXXX

**OPINIONES DE LA PRENSA NACIONAL
SOBRE LAS OBRAS PUBLICADAS
DE VIRGILIO J. MENDOZA**

B I B L I O G R A F I A

VIRGILIO J. MENDOZA — ZARUMA—ECUADOR.— 1.938.

“**«EL MERCURIO»** de Cuenca en 1.941 enjuicia la Obra **EXCURSIONISMO ESCOLAR**”, así:

«Cerramos el libro».

“Dentro de nuestro espíritu saboreamos intensamente lo que acabamos de leer: un programa sencillo, sin pretensiones, de conducir a los niños al campo, enseñarles allí las sabias leyes de la naturaleza, ponerlos al abrigo, allí, así fuese por breves momentos, de las maledicciones del siglo, con el aire que refresca, el agua que murmura, las aves que cantan y la paz y el sosiego que brota de las regiones campestres a pleno aire, a plena luz y a pleno sol”.

“Este programa tan seductor como educativo de suyo, es el que se nos enseña, en unos cuantos artículos, con sencillez ejemplar que encanta en todos los capítulos del libro, un folleto de ciento veinte y más páginas, en cuyo contenido brilla la sólida preparación del autor, profesor Normalista en la Provincia de El Oro, hoy en poder del invasor. El autor hállese ahora en exilio y es uno de los refugiados en Cuenca. Junto con la sólida preparación pedagógica, ferviente y emocionante amor a la naturaleza, a sus bellezas y bondades, es lo que domina marcadamente en tan sugerente obra, digna por mil títulos, de hallarse en las bibliotecas de maestros y discípulos, para que aquellos no olviden lo

que deben a los alumnos y éstos, junto a sus profesores, tengan a su alcance una norma sintética de lo que han menester y de lo que han de llevar a cabo y aprovechar, cuando haya la oportunidad de ir a las comarcas rurales, en donde el espíritu se amplía, el corazón late con más violencia y todo el ser se transforma a la contemplación del universo del cual, a la hora del alba, o de la mañana fresca y pura, o del medio día, o de la tarde, a la caída del crepúsculo —en todo tiempo—, el hombre oye, por poco que se concentre en su interior, los misteriosos acordes de la armonía cósmica que surge del campo y llega en alas del misterio, hondo, muy hondo, a lo más recóndito de las ternuras y alectos del alma dotada de sensibilidad y del corazón inclinado a la belleza y al amor”.

«Excursionismo Escolar», es el título de tan recomendable estudio, tan sabroso como pedagógico y moralizador. «Hay que llevar al niño a la Naturaleza —dice el hábil maestro de la niñez— citando las palabras de Hamaide —para que conozca y comprenda sus fenómenos, para que sienta y viva su armonía»—. Con tal fin, en la serie de sus bien pensadas indicaciones y sugerencias, en orden de capítulos, nos habla del excursionismo dentro de los planteles educacionales y su importancia para la enseñanza de las Ciencias Naturales; de la preparación del profesor: preparación científica y preparación pedagógica; posesión de la Naturaleza y conocimiento del lugar, plantas, animales, suelo y producción, situación geográfica, comercio e industrias, para la primera; y para la segunda, la preparación pedagógica, nos da amplias y bien estudiadas nociones sobre los métodos, sistemas y formas como se debe verificar las clases y proceder al estudio en los días de excursión, merced a útiles y empleo conveniente de éstos, terminando con la recopilación de datos importantes del territorio visitado y formación, por último, del Museo Escolar, de

indiscutible mérito e importancia para los niños y el conocimiento geográfico y a fondo de los pueblos y comarcas que han sido objeto de estudio y que más han preocupado en la excursión».

«El interesante plan que desarrolla hábilmente el autor en el libro que nos ocupa, para facilitar las excursiones tanto a profesores como alumnos, termina con las siguientes frases, dedicadas a los maestros, y que no podemos menos que transcribirlas: "La nueva estructura vital de la Escuela exige del maestro salir de ese marasmo milenario, de esa apatía e inercia mental, de esa rutina que fosiliza los espíritus". Evidentemente, las excursiones forman parte de esta aspiración noble y fecunda en bienes. Merced a ellas, no hay duda, puede cambiar y modificarse profundamente la educación infantil, no solamente en el Austro, en todo el Ecuador».

«Una observación para terminar. La edición de la obra que tenemos a la vista y en cuya lectura nos hemos deleitado, deja bastante que desear. Las bellas sugerencias pedagógicas y de alto interés educacional, algunas de las cuales reproduciremos en esta hoja, merecen una nueva edición, más esmerada y de mejor presentación. Juzgamos que se debe proceder a ello cuanto antes. Y en esta vez, ojalá con la ayuda del Fisco. Bien lo merece estudio de tanta importancia educacional. Con esta ligera observación, presentamos nuestras cumplidas felicitaciones al inteligente y estudioso Profesor, por la brillante orientación y éxito de su obra, agradeciéndole los ejemplares enviados a la Administración y para la Biblioteca de El Mercurio. Una honra, conceptuamos, concedida gentilmente por el talentoso autor».

B I B L I O G R A F I A

VIRGILIO J. MENDOZA.— MONOGRAFIA DESCRIPTIVA DE LA PROVINCIA DE EL ORO.— TOMO PRIMERO.— CUENCA—ECUADOR.— TALLERES TIPOGRAFICOS SALESIANOS.— CUENCA.

Juicio crítico de la Obra en 1.937. de Diario "EL MERCURIO".

«Entre las censuras fundadas que se ha hecho de la indolencia nacional, la de no conocer ni remotamente el país en donde vivimos, es la que más enraizada en la verdad se presenta cada vez que se tiene la oportunidad de leer obras bien escritas, hondamente meditadas y dadas a la publicidad no obstante la serie de dificultades que es indispensable vencer, con valor de héroes, como la obra de incuestionable mérito, que tenemos a vista, de nuestro estimado camarada y respetable compañero de labores, señor Virgilio J. Mendoza, a quien ha cabido la envidiable cuanto penosa tarea de levantar el velo de la Provincia Mártir y darla a conocer en sus detalles, a toda la nación».

«En su estudio de cenobita o monje de la Edad Media, con paciencia benedictina, muy rara en estos tiempos, de velocidad suma, que apenas permite dedicar minutos a los quehaceres ordinarios en la lucha por la vida; el señor Mendoza, con lujo de conocimiento y preparación en los temas y detalles que trata, nos habla de la situación geográfica, geológica de la importante provincia orense; de sus límites en la frontera, de conformidad con el Tratado de Río de Janeiro; el área, la población y división territorial ocupan el vestíbulo, como si dijéramos, que sirve de entrada al magnífico y admirable edificio por él construido en torno a un sector

nacional, ignorado hasta aquí por la indolencia a que aludimos antes y que nos caracteriza a todos los ecuatorianos en lo que se relaciona con el propio país, sus riquezas y glorias, y que, con respecto a El Oro, el señor Mendoza pone al descubierto con la facilidad de un escritor habituado a dirigirse al público y con la amplitud docente de Maestro y de Profesor que ha pasado los mejores días de la existencia, su juventud y su edad viril, cabe el pupitre y junto a la cátedra, en la divina labor de educar a los niños y aleccionarlos, con laudable y ejemplar civismo, para la lucha de mañana, en el árido pero sublime estadio del deber, del verdadero patriotismo, del apoyo mutuo y de la indiscutible obligación que a todos nos incumbe, de ser verdaderos hijos del suelo en donde hemos nacido y de trabajar, conjuntamente, por su grandeza y bienestar. Con este caudal de merecimientos, el autor de la obra que nos ocupa, nos refiere la historia sintetizada de El Oro, su proclamación como provincia, describiendo con toques magistrales las zonas y subzonas de las regiones costaneras, de los manglares y salitrales, de las sabanas y tembladeras, tan abundantes en aquellas regiones, cabe ríos y en comarcas de cultivo, de feracidad asombrosa, hasta llegar, gradualmente, a las monografías cantonales de Machala, Pasaje y Santa Rosa y a la de los cantones que integran la provincia, que la docta y fácil pluma del señor Mendoza nos permite ver con realidad sorprendente. Termina su primer tomo, de la obra cultural del señor Mendoza, con breve reseña de los más importantes sucesos históricos acaecidos durante la invasión peruana, que tan amargos días motivó para el Ecuador».

«El texto, de variadísima y agradable lectura, se halla ilustrado artísticamente con numerosos cliés y vistas gráficas de Machala, la capital oreense; de Puerto Bolívar, el sueño dorado para los azuayos; de Pasaje, a la margen del correntoso Jubones; de Buena Vista, Chilla y Porotillos; del secular cantón Santa Rosa, empo-

rio de comercio y lugar de cita de la Costa y la Sierra en días de feria y de negocios; de Arenillas, cabecera parroquial, que tan importante papel de gloria y heroísmo, le cupo desempeñar en la tragedia de 1941; de Bella Vista, La Victoria, parroquias que con Chacras, Pucallillas en la parroquia Jambellí, traen a la memoria la inmolación de gran número de héroes cuando los simulacros de combate con el Perú. Junto con las ilustraciones panorámicas, se destacan fotos y retratos de las principales autoridades oreñesas, de sus damas distinguidas y de los prestantes dirigentes de la activa y hospitalaria sociedad de El Oro, cuyos hijos de más sobresalientes méritos, tiene su lugar en la admirable obra literaria, social y de entusiasta propaganda de una de las provincias no conocidas, ignoradas nos atrevemos a escribir, ecuatorianas; de su patriota e ilustrado autor.

«Al terminar la lectura, que enseña y deleita, de la obra que brevemente nos ocupa, nos afirmamos en la idea esbozada al comienzo de estas líneas: que por falta de estímulo y de propaganda patriótica nacional, no conocemos los ecuatorianos cuanto valemos, las enormes riquezas que poseemos, las tierras de increíble fecundidad de que somos dueños, por dedicar nuestras energías a la política malsana y sin proyecciones de utilidad colectiva y general. Libros como el del señor Mendoza; obras culturales y de propaganda de lo que somos y valemos, como la que ha enfocado la paciente atención y multiplicidad de conocimientos históricos, geográficos y demográficos, del culto amigo y apreciado colega que, día a día consagra sus talentos y sus dotes de fácil y ameno escritor, a la ímproba y diaria labor de El Mercurio; merecen el más cordial estímulo y la más franca y calurosa acogida por parte de Municipios, cantones y de todo el país, tanto como de centros de enseñanza, escuelas, colegios y universidades, que se hallan en el deber de distribuir libros de la natura-

leza que reseñamos, consagrado a la divulgación histórica, geográfica, educacional, de provincias que, muchos, no conocemos sino de nombre, a pesar de la importancia política y social de que gozan dentro y fuera del país».

«Por lo expuesto, sinceramente admiradores de todo lo que significa estudio, constancia y abnegación en los propósitos para cuya realización, así fuere dolorosamente, se ha tendido el vuelo, no podemos por menos que de felicitar cordialmente al inteligente autor de la «Monografía Descriptiva de la Provincia de El Oro», señor Virgilio J. Mendoza; escritor muy conocido por sus estudios y publicaciones sobre Educación Escolar, generalmente aplaudidos y bien recibidos en el mundo de las letras. Con su Monografía, el señor Mendoza, ha obtenido un laurel más en su carrera de cultor de las letras y de docto propagadista de los valores y glorias nacionales. Le felicitamos cordial y calurosamente y agradecemos el ejemplar de su importante obra obsequiada para la Biblioteca de EL MERCURIO».

POLIDORO

OPINION DEL DIARIO CAPITALINO

“EL DIA” 1.937.

«El Profesor Normalista y redactor del Diario EL MERCURIO de la ciudad de Cuenca, señor Virgilio J. Mendoza, conocido ampliamente en el campo de las letras y en las actividades del magisterio; autor de importantes publicaciones como “Excursionismo Escolar” y que fue Director de la Revista “Colmena”, acaba de dar a la publicidad el primer tomo de su libro “Monografía Descriptiva de la Provincia de El Oro”.

Nos ha enviado su obra con una atenta dedicatoria y nos pide nuestras apreciaciones y juicios sobre ella, manifestándonos que serán un estímulo para continuar sus propósitos en bien de ese jirón de suelo ecuatoriano».

«Le agradecemos su gentil envío y su cordial dedicatoria y nos complacemos en indicarle que, nuestras apreciaciones y juicios sobre los libros están siempre ceñidos a la ética periodística y se encuadran con la justicia, sirviéndonos como norma de conceptos la calidad del tema y el contenido de la obra con sus repercusiones en bien de la cultura y en provecho de la sociedad en general».

El tema que trata en su libro el Profesor Mendoza, nos interesó sobre manera, hizo que pusiéramos para estudiarlo cerebro y corazón. Francamente es un gran trabajo, digno de todo aplauso y que merece un gran estímulo para que continúe adelante y corone su obra con la publicación del Segundo Tomo que nos anuncia».

«Hemos ido insensiblemente desgranando las páginas de su libro en el silencio y la tranquilidad de las altas horas de la noche, porque a más de los conocimientos de todo género que hace ostentación en su obra; de lo documentada que se encuentra y del patriotismo y altivez con que está escrita, tiene el sin igual encanto de la galanura y fluidez del lenguaje para hacer recorrer la provincia describiéndonos sus inmensas riquezas nacionales, el valor espiritual de sus hijos y la convicción profunda de su auténtica ecuatorianidad».

«No podemos resistirnos al impulso del civismo que abraza nuestro espíritu ante las frases vibrantes y elevadas que consigna y que con hondo sentido de patriotismo se graban en nuestro espíritu al leer la tragedia de la Pa.

tría cuando en 1.941, el Perú en agresivo alarde bélico, invadió la Provincia de El Oro, víctima inocente de la imprevisión nuestra y de la codicia civilista e imperialista peruanas».

«Sobre todo el Profesor Virgilio J. Mendoza, escribe: «El Perú hizo alarde de su poderío bélico y de su espíritu congénito de agresor sistemático, invadiendo la Provincia de El Oro. Arrasados sus campos, borradas sus expresiones de progreso y lanzados sus hijos a la herranza y a la miseria, el Ecuador concurrió a la Conferencia de Cancilleres Americanos, reunida en Río de Janeiro. Un Ecuador de legendarias hazañas heroicas pero obscurecido por una milicia enclenque, por una diplomacia fracasada, por una economía en derrota, de una política ruín y con una administración gubernamental, que tenía la violencia como norma y el atropello como ley, suscribe una página de humillación y vergüenza desafiante que quedará eternamente gravitando en la conciencia nacional. Esta página fue el Protocolo de Río de Janeiro, suscrito en la madrugada del 29 de Enero de 1942, con la magnitud de un sacrificio y con el estigma de una vergüenza lapidaria para el Ecuador y sin obtenerse la reciprocidad de unión y armonía internacional que se decanta en todo tiempo».

Es evidente la tragedia del pueblo ecuatoriano por la funesta dominación de las oligarquías y por ventura no son acaso los mismos hombres que ayer no más en el campo de la diplomacia, la economía y otras actividades hicieron nuestra desgracia nacional los que siguen en el dominio de la cosa pública?»

Monografía Descriptiva de la Provincia de El Oro, no es una obra superficial; sino un libro de valor imponderable, porque consigna en sus páginas toda la verdad, desde sus límites históricos, cuando pertenecía íntegra a lo que fue el Reyno de Quito hasta los últi-

mos, fruto del Protocolo de Río de Janeiro en Enero de 1942, en el que se cereenó nuestro territorio a espaldas de los sentimientos del pueblo».

«Luego va consignando una reseña histórica de la descripción general y parcial de la provincia y sus cantones, de sus zonas costaneras, con sus manglares y salitrales, con sus sabanas y tembladeras, dándole un encanto de leyenda o de quimera a la maravillosa exuberancia y a la incomparable riqueza de esas latitudes».

«Uno a uno va estudiando sus cantones y describiendo sus límites y situación; sus industria, comercio, vías de comunicación y además su progreso cultural e intelectual».

«Una gran parte del libro consagra a tratar de la invasión peruana y tragedia fronteriza de 1.941, haciendo apreciaciones elevadas, justas, reales, propias de un espíritu joven que no puede tener complicaciones con el pasado de vergüenza, con la actitud humillante de oligarquías que hicieron la desgracia de la Patria».

«Todavía tenemos esperanza, porque se han salvado algunos valores espirituales que encauzan las aspiraciones de reconstrucción del país a base de la selección de hombres».

«El Profesor Virgilio Mendoza reproduce documentos muy importantes que demuestra su acuciosidad, su talento investigador y los quilates de su fé en el porvenir de la Patria, siempre que se moralice la función de los Poderes Públicos».

«Le felicitamos muy sinceramente y esperamos

que prosiga sus estudios con entusiasmo y convicción de que está trabajando por el bienestar del Ecuador”.

A. CARRILLO.— De la Redacción de “EL DIA” de Quito.

NOTA BIBLIOGRAFICA DEL DIARIO

“EL COMERCIO”.— 1.937.

“En voluminoso libro nos ha llegado de la Capital Azuaya, la “Monografía Descriptiva de la Provincia de El Oro”, cuyo autor es el señor Virgilio J. Mendoza”.

“Varios capítulos de ella han sido publicados anteriormente por «El Mercurio» de Cuenca. Nuestra impresión de rápida ojeada, es de que el señor Mendoza ha realizado un trabajo a conciencia, lleno de datos, tan necesarios en esta clase de trabajo y, sobre todo, apartándose de ese criterio, desgraciadamente muy extendido, de hacer de estos libros un florilegio de alabanzas desmedidas con afán de explotación”.

“La realidad de una provincia, de una sección del país debe estudiarse a base de la más estricta realidad y por eso toda Monografía debería ser la interpretación de esa realidad, basada en el conocimiento y en el estudio de esa realidad. Esto se ha hecho en el caso de la Monografía de la Provincia de El Oro”.

“EL MERCURIO” de Cuenca en 1.944, comentaba:

“Monografía Descriptiva de la Provincia de El Oro”, es un libro que aparecerá muy pronto, escrito con

conocimiento del lugar y con hondo patriotismo por el talentoso y asiduo colaborador de "EL MERCURIO", señor Virgilio J. Mendoza, para quien auguramos un éxito rotundo, alcanzado mediante una labor asidua en el yunque del trabajo intelectual, con abnegación en el cultivo de las letras y consagración ejemplar de apóstol al estudio y al pensamiento".

«Varios de los capítulos sobresalientes de la Monografía del señor Mendoza, se publicaron en este Diario a raíz de la invasión peruana a la Provincia de El Oro, publicación que mereció los más elogiosos conceptos de la ciudadanía. Desde entonces «EL MERCURIO» ha ofrecido su decidido apoyo al señor Mendoza, como un justo estímulo al autor y a su tesonera labor periodística»,

«Anhelamos que en su gira por la Provincia de El Oro, a donde va con el objeto plausible de recoger material fotográfico y datos estadísticos para llenar los vacíos que aún tiene tan importante obra, para la cual esta Empresa Editora no ha vacilado en prestar el necesario apoyo para su pronta publicación y la plausible labor desplegada por nuestro colaborador y amigo, sea fructífera y prometa el éxito completo para su prestigioso autor».

«No dudamos que el pueblo orense, aquilatando el mérito de la obra que dará a la publicidad el señor Mendoza, y comprendiendo la valía intelectual de su autor, responderá con todo entusiasmo a la solicitud de apoyo, cooperando decidida y patrióticamente a la realización de sus propósitos, especialmente los Municipios, Juntas Parroquiales, organizaciones obreras, sociales, deportivas, Escuelas, Colegios y los valores del Magisterio, de la intelectualidad, del foro, del comer-

cio, la agricultura y las industrias».

«Para la Provincia de El Oro, es una gran oportunidad para dar a conocer su historia, sus glorias y bellezas».

VALIOSOS COMENTARIOS SOBRE LABORES PERIODISTICAS

Prólogo de la «Monografía Descriptiva de la Provincia de El Oro».

«Hay nombres cuya sola enunciación indica todo el sentido, el valor y la conciencia del talento. Uno de ellos, este, de mi compañero de labores, el señor Virgilio J. Mendoza».

«No hay necesidad de una presentación; sin embargo, en innata modestia y el prejuicio de que es mejor aparecer en el escenario público con alguien que ya conoce sus caminos —anchos y espléndidos, unos; oscuros y rodeados de precipicios, otros—, me han obligado a esta grata tarea, tanto más apreciada por mí ya que se trata de un asunto de faena intelectual, cuanto porque se refiere al amigo sincero, al colaborador ecuaníme, al periodista que lucha siempre por el bienestar público y la felicidad nacional».

«Virgilio J. Mendoza, ya es un nombre adentrado en la opinión de nuestra sociedad. Ha realizado plausible labor dentro de muchos aspectos: once años de servicio en el Magisterio; brillante obra en la Dirección de las Escuelas Físcales de Piñas, Santa Rosa, Arenillas y en el Normal Rural de El Oro; colaboración muy

apreciada en "EL MERCURIO" y otras publicaciones; dirección de la Revista «Colmena», aparecida en El Oro durante los años de 1.939—1 940; autor de "Excursionismo Escolar" y por fin de "Monografía Descriptiva de la Provincia de El Oro", que será, entre otras actividades, considerada como la más elocuente y amplia de sus producciones pedagógicas y literarias».

"Esta ligera razón de trabajo, añadido a su tarea de organizador de excursiones científicas y de indeclinable estudiante de la verdad, parecería suficiente lastre para juzgar al señor Mendoza como un individuo que satisfizo a plenitud su abligación. Más, el señor Mendoza es joven todavía, es una ánfora de energías y promesas que cuando esté colmada será preciso un faro de luz potente para descubrirle toda su perspectiva. Hombres como él, compelidos a satisfacer siempre sus deberes y a crear tantos horizontes que faltan en la marcha de la Humanidad, son los buscados, son los escogidos para enriquecer el tesoro moral e intelectual y mantener la Patria en su trono de exaltación".

"Huelga extenderse en tan placentero razonamiento y estaría demás discriminar sobre el presente libro, cuyo descubrimiento y cuyo goce les dejo íntegramente cedido al lector. Y, porque temo interrumpir el paso hacia el campo buscado por el estudioso, en la presente obra de talento, paciencia y buen juicio, la «Monografía Descriptiva de la Provincia de El Oro», calla mi voz para que mis manos se permitan levantar el telón, dejando en poder del público al artífice que me ha honrado con este prólogo . . . y en poder del artífice, al público que sabrá disculparme la intromisión".

LUIS A. MOSCOSO VEGA

Cuerca, Septiembre 7 de 1.945

EDICIONES EXTRAORDINARIAS DEL DIARIO «EL MERCURIO» DE CUENCA, CON MOTIVO DE LAS FIESTAS NOVENBRINAS, EN LOS AÑOS DE 1941 —1943, Y EN LA EDICION EXTRAORDINARIA QUE CIRCULO AL CUMPLIR LAS BODAS DE PLATA, EL 22 DE OCTUBRE DE 1949, AL PIE DE LA FOTO, DECIA:

—1941—

“VIRGILIO J. MENDOZA, joven y dinámico pedagogo exilado de la frontera, entusiasta educador de la niñez, conocedor profundo del sur ecuatoriano y como tal, autor digno de encomio de la notable Monografía que publicamos en esta edición y cuya lectura recomendamos al patriotismo nacional, de la provincia hoy en poder del insaciable invasor”.

—1943—

“VIRGILIO J. MENDOZA — Hijo de la bella provincia de El Oro, lleva en sus venas la sangre de los trópicos ecuatorianos. De ahí nace su constancia en las arenas del periodismo. Su nerviosidad en captar con exactitud los distintos aspectos de la hora nacional o morlaca”.

“Trabaja con esmero en las columnas del diarismo desde hace algunos años. Modesto; sabe mantenerse en el nivel del periodista equilibrado. Virgilio J. Mendoza es joven aún. Muestra en sus modales comedidos la finura de su alma costanera”.

“No necesitamos elogiar su obra. El público que a diario lee sus sesudos comentarios debe prodigarle cada día la confianza al escritor cuyo esbozo reseñamos”.

—1949—

‘ VIRGILIO J. MENDOZA, — Prodigio de constan-

cia, de paciencia, de laboriosidad. Todo puede faltar en "EL MERCURIO", pero MARCO CASTEL no falta en su columna diaria. Y cuáles son sus temas preferidos?. Como pedagogo que es, le gusta los temas sobre las escuelas, sobre los maestros, sobre lo que hacen y lo que no hacen los maestros, sobre lo que asisten y no asisten los niños, etc. De tarde en tarde, movido por la nostalgia del suelo natal, se acuerda del olvido en que ésta yace; y entonces pone acíbar en sus escritos, y levanta el tono y amenaza".

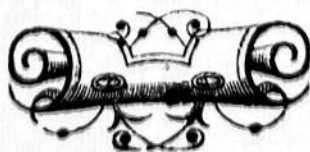
"Prodigio del amor a la patria chica, decimos nosotros. A veces sus enemigos le quieren sacar de paciencia, pero nada alcanzan: tiene la paciencia de un maestro que no se inmuta ante la vocinglería de los niños. La vida para él es una Escuela".

NOTA: *Para no cansar la atención de los lectores, se suspende en esta parte las transcripciones de muchos comentarios de Prensa, opiniones de hombres representativos en el campo de las letras ecuatorianas y de Revistas extranjeras que han enjuiciado favorablemente las obras pedagógicas y literarias de Virgilio J. Mendoza*

RECTIFICACIONES FINALES:

PALABRAS MAL ESCRITAS QUE NO CONSTAN EN LAS SECCIONES ERRORES: apropiarse, poniéndose, son, cosechands, anoldado, infitas, último, arona, aronado, última, eteridad, ~~ABRIO~~, propagadista. DEBIA HABERSE ESCRITO: apropiarse, poniéndose, són, cosechando, amoldado, infinitas, último, aroma, aromado, última, aterida, ~~ABRIO~~, propagandista.

En las páginas 26 y 27 se han omitido las comillas al principio de dos párrafos.



CALIDAD INTELECTUAL DE LOS AUTORES DE COMENTARIOS SOBRE LAS OBRAS DE VIRGILIO J. MENDOZA

POLIDORO:— Pseudónimo para comentarios bibliográficos, de los muchos que tenía, la vastísima mentalidad del hombre científico, periodista e insigne escritor y filántropo, Sr. Dr. NICANOR MERCHAN B., que fuera Director y Propietario del Diario «EL MERCURIO», de Cuenca.

* * *

A. CARRILLO:— Intelectual quiteño, Miembro principal de la Redacción del Diario Capitalino «EL DIA», en el año de 1.937.

* * *

LUIS A MOSCOSO VEGA:— Periodista, novelista y dramaturgo cuencano. De espíritu florido y promisorio en los campos del pensamiento, en donde ha dejado la semilla de sus muchas obras literarias, con el sello de la ponderación y el mérito indiscutibles.

A C L A R A C I O N :

Las estrofas que corren en las páginas 9, 12 y 14 de este librito, pertenecen a otros autores.

L A S I L U S T R A C I O N E S :

Son del lápiz de GONZALO MENDOZA ANDRADE, Dibujante—Caricaturista de «DIARIO DEL ECUADOR»—Quito.

N U E S T R A S D I S C U L P A S

A pesar de las correcciones que se han hecho en el presente trabajo, han quedado algunas faltas, indudablemente, debido al mal estado del tipo que no ofrecía claridad en las pruebas y también al poco cuidado de parte de los trabajadores. Pedimos disculpas y rogamos recurrir a las Secciones **ERRORES** para las rectificaciones consiguientes.

"NUESTRA TIERRA"

Es el nombre de la REVISTA de Información y Propaganda, que circulará próximamente, con abundante material gráfico y de lectura, enfocando preferentemente problemas de palpitante interés nacional, haciendo la exaltación de sus valores humanos y emprendiendo en una intensa cruzada de moralización administrativa ecuatoriana, en apoyo a uno de los postulados básicos, sentados como principios de gestión gubernamental, por el Excelentísimo Señor Presidente de la República, Dr. Camilo Ponce Enríquez, al iniciar su período de Gobierno: 1956—1960.

«NUESTRA TIERRA», a la vez que caerá como látigo sobre las carnes de los roedores de la administración provincial, de caciques ensimismados y políticos embaucadores, será la voz enérgica de todas las parroquias alejadas del Capitolio, sumidas en la postergación y sepultadas en el olvido por parte de los Poderes Centrales. Llevará el grito estentóreo de reivindicación integral del pueblo ecuatoriano, definiendo tres grandes aspectos de la vida nacional: cultura, economía y moralización política y social.

Esperé su REVISTA. Reclámela. Sus páginas levantarán el telón del escenario nacional, para que el pueblo ecuatoriano aprecie la estatura moral de sus hombres: de sus benefactores y verdugos; amigos y enemigos. La pluma de sus escritores perseguirá incansablemente a los mercaderes de la política pueblerina y a los falsarios de las ideologías, a fin de que el Ecuador no siga presentándose como el refugio de la explotación y del engaño enmascarado de DEMOCRACIA por parte de las oligarquías, sino solamente como el templo de la DIGNIDAD y de la MORALIZACION en todas sus funciones y actividades, a base del trabajo honrado y sincero reconocimiento de las capacidades en el servicio a la Patria Ecuatoriana.

Para el cumplimiento de los fines patrióticos que se propone desarrollar «NUESTRA TIERRA», hacemos un llamamiento a todos los pueblos que deseen honrar las páginas de esta REVISTA; y en especial, a los Concejos Municipales, Consejos Provinciales y más instituciones autónomas; a los hombres de la banca, el comercio, la agricultura y las industrias; magisterio, intelectuales, profesionales y obreros, solicitándoles desde ya el apoyo necesario a esta publicación: que será bandera y programa de CULTURA y MORALIZACION ECUATORIANA.

